

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



EL MARQUÉS DE SANTILLANA.



INCONCEBI-
ble parece
que en un
periodo tan
agitado co-
mo el del
reinado de
D. Juan el
II, y aun el

de su padre, los guerreros trocando á la vez la espada por la pluma y esta por aquella, se dedicáran con tanta avidez al cultivo de las letras, en medio del estruendo de las batallas y de la intranquilidad de los campamentos. El Marqués de Santillana,

Juan de Mena, Jorge Manrique, Enrique de Villena, y Juan de la Encina, perfeccionan la obra preciosa del arcipreste de Hita, y dando á conocer el verso *endeca-*

silabo, estienden la esfera de nuestra poesia, que tenia anteriormente un valladar ridiculo que la impedia desarrollarse, enseñando un camino ancho y despejado á los afortunados vates venideros. Sin embargo, nuestra poesia tan galanamente compendiada en los géneros cortos como el romance, las canciones y letrillas, fué algun tanto bastardeada, porque si bien con los versos largos se dió trecho á la expresion de las ideas, tambien se disminuyó el vigor de aquellas enérgicas y risueñas cantilenas, en que parece escuchar uno de sus propios lábios los dulces suspiros de la pastorcilla, victima de los desdenes de su indiferente amador. Las composiciones de aquella época á pesar de esto, tienen alguna cosa de insólitas y recomendables; la espontaneidad, la gracia, el compás, el vigor del pensamiento, manifestado como ocurría, y con las circunstancias del momento, la naturalidad de los conceptos, que se espesaban como se nota por ejemplo que corre un arroyuelo ó que está matizado un prado, sin estudio ni disfraz, todo esto grande

y pequeño á la vez, rústico y tierno, sencillo y pomposo produce un deleite tan natural como la era en que se escribía, y tan extraordinario como su diaria agitación.

El Marqués de Santillana D. Inigo Lopez de Mendoza de quien nos ocupamos, uno de los mejores poetas de este periodo literario, tan dulce en sus *letrillas*, tan filósofo y pensador en sus *Proverbios*, tan distinguido militar en los campos de batalla, y tan político en negocios de gobierno, nos presenta el tipo mas acabado, y la personalización mas viva de esta época y de su poesía con todas las vicisitudes, bellezas y defectos que le dan un carácter peculiar. Nació en Carrion de los Condes, villa de la propiedad de su madre en 1398, de D. Diego Hurtado de Mendoza, y Doña Leonor de la Vega. D. Inigo tuvo una educación esmerada, como se deduce de sus profundos conocimientos en literatura, poesía, latin y astronomía: era segun la opinion de Hernando del Pulgar, hermoso de rostro y proporcionado de miembros, agudo, discreto y continente; tenia en su casa sabios con quienes conversaba en materias literarias, y caballeros con quienes hablaba de las guerra siendo su casa a la vez escuela de armas y letras (1). A los siete años de edad por fallecimiento de su padre entró bajo la tutela de su madre con sus hermanos Gonzalo Ruiz y Mencía. Murio Doña Leonor al poco tiempo y entouces desempeñó el mismo cargo su tio D. Alonso Enriquez, asi como el Almirantazgo de Castilla que correspondia á Inigo por razon de primogenitura, pero al concluir aquel, Enriquez se apoderó del referido título, y el jóven Inigo no pudo recobrarlo á pesar de un litigio dilatado, que cortó al fin el Rey, dando al sobrino las villas de Coca y Alaejos, y al tio el referido Almirantazgo. A los diez y ocho años mediante licencia real, entró á administrar sus estados, casándose despues con Doña Catalina de Figueroa, señora de recomendables dotes, y de quien tuvo una larga descendencia, heredera de su inmortal nombre, que le sucedió en virtudes y saber (2). Sirvió con una lealtad estremada al Rey Juan II, en las guerras suscitadas por los Infantes de Aragon, adquiriendo la opinion de intrépido guerrero en los campos de Arabiana, y en Alcalá en donde no quiso retirarse del campo de batalla hasta que fué herido y abandonado de los suyos. Ayudado de sus hijos Percy Inigo se apoderó de Huelma despues de cuatro dias de asedio, asaltando el primero su muralla, con peligro grave de perecer, cuyo hecho refiere Mariana con elogio, y que la superstición de los tiempos achacó á un agüero que se habia vaticinado poco antes. Con este motivo consiguió grandes mercedes del Rey, teniendo heredamiento en los bienes confiscados á los infantes de Aragon, y adquiriendo grandes rentas ademas de las que ya tenia por su casa. En 1445 combatió en la célebre jornada de Olmedo en que quedaron

vencidos los ambiciosos Infantes, contribuyendo mucho á su buen éxito.

El Marqués de Santillana despues de retirado de los campamentos, se dedicó al cultivo de las ciencias y de la poesía, siguiendo á la corte y abriantando con sus luces el trono que le dispensaba tanta protección. Publicó varias obras, siendo las mas notables sus *Proverbios*, de grande celebridad, una *Disertacion Critica* é histórica, el *Manual de privados*, y otras que le han merecido los elogios de nacionales y extranjeros, entre otros los respetabilisimos de Mr. Boutervek y de D. Nicolás Antonio, que le apellida «Mecenas de los literatos y la mayor honra y delicia de la nobleza de España.» Sus *Proverbios*, hechos con la idea de que sirvieran de guia en la educación de Enrique IV, por mandado de su padre Juan II, fueron glosados por el Dr. Pedro Diaz de Toledo. Sus máximas sacadas de la doctrina de Séneca, Aristóteles, César y Caton, estan compuestas en redondillas de verso quebrado, para que se puedan retener con facilidad. Acomodándose con este motivo á las circunstancias del Príncipe para quien escribía, adoptó en ellos palabras de templanza y de dulzura, que le hiciesen mas amable y apetecible su doctrina.

Este sistema que muy pocos autores han seguido con provecho, y que los mas han concretado á desarrollar en algun apólogo, le dió á Santillana una opinion grande que concluyó por hacer populares en alguna época sus *Proverbios*. La soltura de sus versos, el buen arreglo de estas composiciones, y los lógicos pensamientos que este nuevo Mentor procuraba inculcar á su egregio discípulo, tienen un mérito literario de notable valimiento.—Son por lo tanto recomendables bajo su aspecto literario y moral, y dignos del mayor aprecio siempre que el pensamiento del poeta no cedió á las inexactitudes de la imaginación.

Al hablar de sus poesias y principalmente de sus *letrillas*, apenas habra una persona algun tanto versada en literatura que no recuerde aquella,

Moza tan fermosa
Non vi en la frontera,
Como una baquera
De la Finojosa.

En un verde prado
De rosas é flores,
Guardando ganado
Con otros pastores,
La vi tan fermosa
Que apenas creyera,
Que fuere baquera
De la Finojosa.

Esta composición notablemente mejor que todas las de su clase de aquel tiempo, posee una sencillez y encanto estremados, que son las circunstancias de la verdadera *letrilla*.—Sin embargo, Santillana que describía tambien, carecía del estro robusto de Juan de Mena, y si bien en sus composiciones se nota el mismo candor que en las de Villegas, no produce imágenes capaces acaso de traer á los ojos lágrimas arrancadas espontáneamente al sentimiento, como despues han conseguido algunos de nuestros poetas.

No debemos tampoco increparle por el desaliño de

(1) D. Tomas Antonio Sanchez, en sus poesias anteriores al siglo XV, imprimió unas curiosas noticias sobre su vida.

(2) Fueron sus hijos D. Diego Hurtado de Mendoza, primer Duque del Infantado, D. Inigo Lopez de Mendoza, Conde de Tendilla, embajador de los Reyes Católicos en Roma, D. Lorenzo Suarez de Figueroa, Conde de la Coruña, D. Pedro Laso de la Vega, D. Pedro Gonzalez de Mendoza, Arzobispo de Sevilla y de Toledo, gran Cardenal de España, y en fin D. Juan Hurtado, Doña Mencía, Doña María y Doña Leonor.

algunas de sus serranillas defectos tales mas que del individuo son de la época y del arte cuando una grande oscuridad cubre todavía el horizonte de la ciencia que ha de quedar mas adelante despejado. Cantó con Juan de Mena la muerte del interesante Macias, tipo de los amantes, y norma de los caballeros. El ilustre Marqués en todos estos trabajos debió mucho á su amigo y patrocinado Juan de Mena con cuya amistad se honró y á la que procuró corresponder despues de muerta este, edificándole un suntuoso sepulcro á sus espensas. En suma, Santillana cadencioso y fácil en la versificación, no poseía ni la sonoridad y energia de Juan de Mena ni la elevacion de Jorge Manrique. Un agudo autor piensa que estos tres ingenios, los mejores del siglo de Juan II, componen un gracioso cuerpo de quien forma la cabeza Jorge Manrique, el corazon Santillana, y la boca Juan de Mena. Santillana ademas como el primer introductor del verso endecasílabo que impropriadamente se ha atribuido á Boscán, es acreedor á una gloria y reconocimiento que sea de cualquiera manera segun se la considere debe tributarse al autor del pensamiento.

Noble y digna del mayor elogio fué la conducta que el Marqués de Santillana observó como político y ciudadano, y desinteresado el proceder con respecto al condestable D. Alvaro, cuando sus acciones le concitaron el odio de la nacion y el trono. Promovió su prision y contribuyó á separarlo del lado del Monarca, quien en esta como en todas las ocasiones recibió de Santillana consejos juiciosos, que retribuyó con el título de Marqués que dió á nuestro poeta, el segundo de este nombre que se concedió por entonces. Por su parte procuró aliviar siempre las calamidades de su época dispensando una grande proteccion á las letras, lo que en nada se conoció tanto como en su especial afición á los libros curiosos (1).

Murió el Marqués de Santillana en Guadalajara en 1458, habiéndose enterrado en San Francisco de la misma ciudad. El grande aprecio que le dispensó en vida su patria, y el que despues de su muerte le ha tributado la posteridad, son una muestra ostensible de la consideracion que su nombre merece, y de la justicia con que la opinion le ha honrado con el nombre de *Sábio*.

EUGENIO GARCIA DE GREGORIO.

HERALDICA.

Empresa y escudo de armas de los Reyes de Granada.

Conquistada Córdoba en el año de 1235 por el Rey D. Fernando III de Castilla, Aben Hut, último Rey de aquella ciudad, fijó su residencia en la de Granada. Desde entonces data la fundacion de este pequeño y reducido reino, si bien grande por sus héroes y esclarecidos varones. Los historiadores árabes no suelen

empezar la cronología ó serie de los Reyes de Granada hasta Aben Alahamar, sucesor de Aben Hut y primer Rey de la dinastía de los Nazaritas, de cuyo escudo de armas vamos á ocuparnos.

El gusto á las empresas y letras en las armas y banderas era muy antiguo entre los árabes. Conde (1) refiere, que era muy comun en tiempo de los primeros Reyes de Córdoba, y hablando de la espada del celebre caudillo Almanzor, dice, tenia grabados unos versos en árabe, que traduce así:

Pelead en santa guerra,
Lograd premios sublimes,
Combatid á los infieles
Hasta que se hagan musulmes.

La empresa y escudo de armas de Aben Hut, si hemos de creer á Bermudez de Pedraza en su historia de la *Antigüedad y escelencias de Granada*, era una banda negra en campo de plata con unas letras que decian, «no hay otro vencedor sino Dios.» No espresa la razon por qué usó esta empresa y dejó la tan conocida de los Reyes de Córdoba. No apoyando pues su asercion en el testimonio de escritor alguno, sino solamente en su palabra, opinamos con algunos escritores que con mas detencion que el se han ocupado de la historia de las dinastías árabes de España, fué adoptada con posterioridad á la muerte del último Rey de Córdoba.

Un año despues de haber perdido á Córdoba Aben Hut fué asesinado por Abderraban, alcaide de Almería, que le tenia hospedado en su casa. Proclamado Rey de Granada Muhamad Ben Nacer Aben Alahamar (ó el bermejo), Señor de Arjona y de Jaen, fué llamado por el pueblo en atencion á sus victorias *el vencedor por Dios*. Conde en su cronología inédita de los Reyes de Granada, dice, que cuando el aura popular y aplauso publico le apellidó *el vencedor por Dios*, tomó este príncipe por divisa una sentencia alcoránica que dice: *Wa la galib ile Alá, no es vencedor sino Dios*, y esto puso en su escudo de armas en faja de sangre ó de oro con letras azules atravesando el escudo y la faja ó banda en bocas de dragones: igual sentencia se lee en sus monedas. Esta misma empresa, dice en otra parte el citado escritor (2), llevaron siempre sus descendientes; aunque variaron los colores del escudo y solian ser rojos, azules y verdes y lo mismo variaban la banda; pero todos conservaron la empresa de Aben Alahamar.

La adopcion de la divisa *solo Dios es vencedor*, segun la opinion de algunos escritores árabes, tiene un origen mucho mas elevado y glorioso. Le llevó, segun estos, desde la batalla de Alarcos. En la vispera de esta jornada tan fatal á los pueblos cristianos de España, cuentan se apareció á Jacob Aben Jucef, Príncipe de los Almohades, un angel del séptimo cielo, montado en un caballo blanco con una bandera verde que llegaba de polo á polo y en que estaba escrita la referida sentencia, *solo Dios es vencedor*; esta aparicion celeste le anunció la victoria y concluyó recitando unos versos que inserta Abdel Halim en su historia de Fez. No habiendo sido traducida esta obra, sino las descripciones que en ella se hacen de las batallas de Alarcos y las Navas, y como estas no hayan visto la luz pública,

(1) Formó una grande biblioteca que su hijo el primer Duque del Infantado vinculó despues en su familia la mejor de particulares de aquella época que pereció á causa de un incendio ocurrido en el palacio de Guadalajara, donde estaba.

(1) Descripción inédita de una espada árabe que se cree perteneció á un Rey de Granada.

(2) Historia de la dominacion de los árabes en España, tomo II, p. 38.

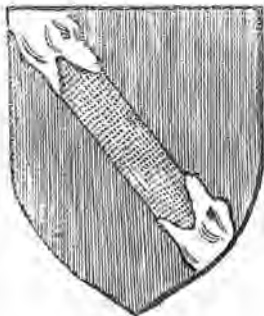
creemos deber insertar los versos en que el ángel hacía alusión á su bandera.

.....
 El auxilio y victoria
 De Dios la preconiza,
 Pues que él está cercano
 De quien en él confia,
 Sin que de Alhá la enseña
 Jamás fuese vencida.
 Por eso los cristianos
 Finados ya se miran,
 Al filo de su espada,
 Y al bote de sus picas,
 Hierma quedó su tierra
 Y de gente vacia,
 Ni adelante busques
 Quien en ella habita.

El Príncipe moro, según el escritor citado, reunió sus jeques ó caudillos, les contó la aparición del ángel y recitó los versos en que, el mensajero de Alá le predecía la victoria. Habido consejo, determinaron anunciar la victoria con gran pompa y solemnidad. Al siguiente día el ejército cristiano que mandaba en persona D. Alfonso VIII fué completamente derrotado. Desde entonces, según la opinión de algunos escritores, se adoptó como un presente del cielo la sentencia alcoránica, que llevaba escrita la bandera verde del ángel.

Es muy posible, que antes de Aben Alahamar, usasen los árabes en sus enseñas de la inscripción mencionada; pero en las monedas y en los escudos de armas puede afirmarse que no se puso hasta su tiempo.

Aben Alahamar, primer Rey de Granada se hizo en 1245 vasallo de Fernando III, estando este sitiando á Jaen. Desde entonces fué aliado fiel y amigo sincero del rey de Castilla, al que ayudó en sus conquistas con su persona y tropas. Fué uno de los que más contribuyeron á la toma de Sevilla y en cuyo día queriéndole Fernando III dar una muestra de lo que apreciaba sus servicios, le armó por sí mismo caballero, y le dió por armas una banda de oro en campo rojo con dos cabezas de sierpes á los lados, en la misma forma que las llevaban en sus guiones los Reyes de Castilla, en cuya forma se vé todavía en la Alhambra de Granada en sus suntuosos y magníficos salones.



Bermudez de Pedraza y D. Diego de Mendoza en sus guerras civiles de Granada, al referir esto, añaden, que en la banda puso además la inscripción de que hemos hablado, *solo Dios es vencedor*.

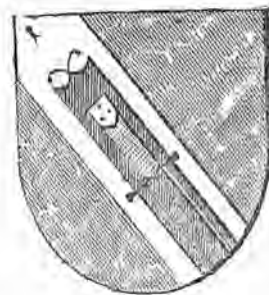
En el suntuoso alcázar de la Alhambra que empezó á construir Aben Alhamar y que continuaron y mejoraron los Reyes que le sucedieron, se encuentran casi todos los escudos de armas de que sucesivamente hicieron uso. Copiaremos, pues, los que hemos visto en la magnífica obra que publicó en 1804 la Academia de San Fernando con el título de *Antigüedades árabes de España* y en algunas otras.



En dos magníficos jarrones que están en los miradores de los adarves se encuentra este escudo. Campo de oro, banda de plata y letras negras.

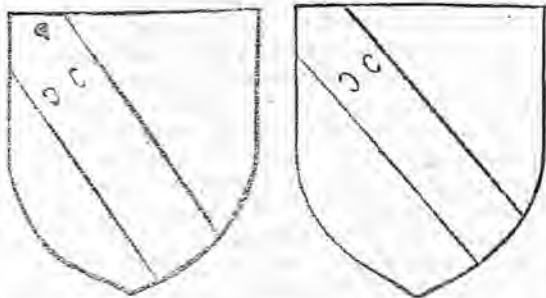


Este escudo está en el recuadro de un pavimento. Campo rojo, la banda grande del centro de plata, letras negras, y verdes las bandas pequeñas de los costados.



Campo verde, la banda de listas encarnadas y blancas y en la parte superior un escudito de plata con

tres quinas negras, la parte que sigue á lo largo del escudo pequeño es de oro.



Estos dos escudos estan en unos recuadros de un friso hecho de yeso.



Este escudo está copiado de un tomo manuscrito de la biblioteca de Salazar, que trata de la Casa de Granada. La inscripcion no está muy bien copiada.

Antes de concluir creemos no llevarán á mal nuestros lectores insertemos unos versos de un poeta granadino, que florecia en tiempos del Rey D. Pedro de Castilla, llamado Ben Alchatil, que hacen alusion al escudo de armas de los Reyes de Granada y tradujo el señor Conde.

.....

 ¡Oh mejillas hermosas,
 Que mis furtivas miradas
 En purpúreas rosas mudan,
 Que afrentan á las del alba!
 ¡Oh! si mi tímida mano
 Tus lindas flores tocára!
 Mas no mira la fortuna
 Los umbrales de mi casa.
 El rubor virginal suyo
 Deslumbra en campo de plata,
 Cual insignia blanca y roja
 De nuestro Rey en las armas.

T. M. y R.

NOVELAS.

LA VIRGEN DEL VALLE.

(Continuación.)

Al dejar D. Antonio á Margarita en el pórtico del templo, despues de un dia de permanencia en el palacio, al cabo del cual las religiosas acudieron á recoger su amada pupila, el caballero sin ser dueño de detenerse, y aprovechándose de la escasa luz que reinaba en la porteria, por ser la hora del crepúsculo, sacó un billete y apretando convulsivamente la ma-



no de la azorada doncella, se le hizo estrechar entre sus suavísimos dedos, y aun dicen si inclinándose al suelo como para recoger su pañuelo, se sintió el estallido de un beso ahogado y de un suspiro comprimido. Las damas partieron: las puertas del convento se cerraron, y el caballero permaneció rondando las tapias del monasterio algunos momentos, pasados los cuales se fué siguiendo á otros dos galanes de buen porte, dirigiéndose todos al palacio.

Referir las pláticas amorosas que se sucedieron; como la tímida y doliente Margarita olvidó y venció su timidez, arriesgándose sola, en la mitad de la noche, á atravesar el solitario huerto para acudir á las citas misteriosas de su enamorado D. Antonio: enumerar uno por uno los ruegos y las protestas, las súplicas y los rendimientos á que forzosamente tendria que recurrir el galanteador, para ganarse el corazón inesper-

to de aquella cándida virgen, y las dudas y los esfuerzos y las lágrimas que costó á Margarita el entregarle las llaves de su pecho, sería enojoso de relatar, y no muy agradable de leer. Baste saber á nuestro lector, que la blanca paloma se decidió á abandonar el nido de sus amores castos, seducida por los agradables cantares de aquel astuto D. Antonio, en quien ella sencillamente reconocía la fineza y la ternura del ruiseñor, sin sospechar que podría ser un ave de rapiña que intentase hacer presa en su sagrado honor sin mancilla.

La grandeza del amor se califica por la confianza de la persona que se idolatra. Mas fácil hubiera sido convencer á Margarita de que las sombras de sus padres abandonaban su sepulcro para mostrarla su aborrecimiento; y antes se hubiera persuadido que el ángel de su guarda la guiaba por una senda enmarañada y peligrosa, que dar lugar en su corazón á la mas ligera desconfianza que recayese en mengua del buen nombre de su querido D. Antonio, en favor del cual tan poderosamente la hablaban su garbo y gentil donaire, cumplida cortesania, discreto ingenio é hidalgo y mensurado comportamiento. Cómo no había de tener presente la noche del incendio, en que la condujo al palacio episcopal, confiándola á la custodia de la madre y de la hermana de un caballero amigo suyo, camarista de la reina Doña Isabel de Borbon, y que á la sazón vivían en Toledo restableciéndose de sus males? Cómo echar en olvido que no se presentó á sus ojos en todo aquel día, atribuyéndolo Margarita á que su respetuosa urbanidad no quería comprometerla ni aun al agradecimiento? Cómo en fin no estimar el recato con que la asistió durante los quince días, que corrieron para su amor como el breve sueño de una hermosa mañana, sin dejarse ver sino á la claridad de las estrellas, y cuando no podía comprometer su reputacion; y aun entonces, sin atreverse á escalar las tapias del convento, contentándose con el rumor de sus suspiros, ó con alguna flor que Margarita había abrasado con el calor de su pecho, por tenerla oculta y prevenida, hasta el momento en que las sombras la diesen licencia para ir á consolar á su rondador amante, entregándole aquella prenda de su inocente ternura!

Nó; aquellas horas no podía olvidarlas nunca: parecidas á un sueño prodigioso y pasajero, habían venido á proporcionar un descanso apacible á los eternos pesares que amargaban su existencia. Por eso, los colores de sus mejillas habían vuelto á embellecer su casto semblante; por eso sus labios sonreían maquinalmente, y su cabeza se levantaba erguida como la del cisne enamorado, y su talle había vuelto á adquirir la flexibilidad de la palmera del desierto: por eso sus lágrimas habían dejado de correr, y su corazón de sufrir, y su memoria de martimizarse con los tristes pensamientos de la perdida de sus padres. Todo había desaparecido; un mundo nuevo se descorría delante de sus ojos; la historia de su vida empezaba con la historia de su amor! Su pobre corazón se quebrantaba con el recuerdo de sus padres; pero un imán desconocido la arrastraba lejos de su tumba; un hombre extraño para ella había clavado su imagen sobre los seres que la dieron el ser; un amor profano había envuelto en su velo misterioso y ocultaba á su vista el santo amor de los perdidos padres.

Por último, acabó de decidirla á abandonar aquel santo retiro, la esperanza de encontrar un hermano de su madre, á quien creía muerto en las campañas de Italia, y que, según la aseguró D. Antonio, servía una jineja en los tercios de Flandés, y llegaba á la corte de Madrid dentro de breves días. Hubiérase resistido Margarita; pero D. Antonio la protestó que á la mañana siguiente partiría, y que si no la merecía la confianza de servirle de caballero hasta la corte, jamás volvería á dirigirse á ella, puesto que tan pobre interés la inspiraba, y que tan mezquino amor había sido la recompensa de su estremada pasión. Suspiró el mozo, instó, y recurrió por último á la desesperacion; y la inocente Margarita creyendo en la santidad de sus palabras, que él juraba ser verdaderas por el cielo, cerró los ojos ante el precipicio que apenas vislumbraba, y prometió á la siguiente noche estar dispuesta para acompañarle.

Y así se verificó: á la luz del segundo nuevo día, camino de la corte, aunque torciendo con direccion á los amenos jardines de Aranjuez, atravesaba un caballero, montado sobre un brioso y revuelto alazan, llevando sobre el arzon posterior de la silla á una joven hermosa, que se apoyaba ligeramente con una mano sobre su cintura. A pesar de la incierta claridad del crepúsculo, de la veloz carrera del poderoso corcel y de la larga falda del ancho sombrero á la chamberga que le ocultaba el rostro al ginete, cualquiera hubiera reconocido á D. Antonio, por la expresion de sus negros ojos, brillantes, de placer y de entusiasmo. En cuanto á Margarita, vestida sencillamente, y descubierta su cabeza, parecia estasiada y como respirando con ansia, despues de quince años de cautiva, el aura embalsamada de los jardines de Aranjuez, cuyas arboledas aparecian á lo lejos como las olas de un ancho mar de verdura.

Al siguiente dia, la triste joven se hallaba sola y pálida como un cadáver, junto al altar de la pobre ermita que yace entre los montes de Toledo. La página de sus amores fué desgarrada. Quince días de esperanza y uno de desengaño forman toda su historia! Ah! cuando la sepais toda entera compadeceris á Margarita!

GREGORIO ROMERO LABRAGA.

POESIA.

UN BAILE DE CANDIL.

Estaba Amparos, con sobrado esmero
Lavando mesas y fregando sillas;
Al Chepe, lo encargó de barrendero,
No sin haber mediado sus rencillas,
Pues solo trabajó cuando barbero,
Si es trabajar andar por las patillas:
Ella se empeña por poner de rango
La sala para un cacho de fandango.

Prima del Chepe, y diz que concubina
Era la Amparos, maja de copete,
Suelta de lengua, nunca se amohina
Aunque su honra nadie la respete;
Limpia la casa como plata fina.

Lista prepara el bacanal banquete,
Y esclama en jarras... «¡Vigen de Olores!
Este zalon esta pá embajadores!»

El Chepe, es un zorrón perdonavida
Mas guapo que la espada de Bernardo;
Pues si no le echan mano de la brida
A cualquiera apellida de bastardo,
Lengua desafortada y atrevida
Hombre en la ejecucion tímido y tardo:
Por buscar con las uñas su remedio
Tiene un rasguño de la cara en medio.

Reina la noche; el estrellado manto
Sus pliegues lentamente desenvuelve;
La Amparos, que ataviada es un encanto
A encender los candiles se resuelve;
El Chepe en la cocina mientras tanto
Sorbiendo cañas todo lo revuelve,
Ella recibe besos y agasajos
Porque entran ya las majas y los majos.

Van llegando Vistosa y la Tres Pelos:
Vienen en pos Julian (el Cabezudo)
Y Tripa-larga, con Dieguillo Anzuelos,
La tia Gila, el Azafrán Barbudo,
Telondron, con un cesto de buñuelos,
Con otro cesto Perinquén Peludo:
Grita Azafrán—«¡A un lao laz agüe'as...!»
Y empiezan á templarse las vihuelas.

—«¡Coto, zeñores...! ¡coto! ¡Antes que tóo
Es presizo escurri una cañita,
Y que levanten hasta el sielo el cóo...!
—¡Fuego! ¡Que viva el Chepe! ¡osté, reinita!
—¿Zabré el zecreto...? ¡No... que mincomóo...!
¡Otra güelta las jembras! Eh! Gilita...!
¿Tomustesta Tres-Pelos? ¡Ay cá prieto!»
Mas dando un sorbo se la echó al coletó.

Entretanto seguan los convidados
Con maneras mas francas que galantes
Tomando posesion, formando estrados;
Y nada les importa estar sin guantes,
Pues aunque son por todos murmurados
Tambien son en su caso tolerantes:
Pero entra una muger que viste seda...
—¿No es la Paca...?—Sí es!—¿Qué polvareda!!

—¡Claveyinita, un fandanguito es mio!!
—¡Yo un boleriyo que ze pierda en gloria!
—Una cachucha, reina?—Consedio.
—¡Juy... ¡Unas zevillanas!—«Has memoria,
Que le atacan los zeloz al mario.—
—Aquí zemoz amigos.... no habrá historia!
—¡Lusero, aunque me igan hijo é fraile!...
—¡Bien: con los dos zá de romper el baile.»

Y así fué la verdad. Gracia derrama
La Paca al empezar unas boleras:
Nadie atiende á su chulo que la llama
Y al oido la habló que habria quimeras
No sé por qué razon: mas nuestra dama
Bullaba murmurando: «¡aunque no quieras!»
Pero ¡ay! que una tormenta se levanta
Mientras Paca en el puesto baila y canta.

Solo se escucha pura algaravia
Al son de las melilluas castañuelas.
Unos gritaban: «¡otra, vida mia!
¡Juy canelo... otra güelta y me conzuelas!
¡Esta cañita, zal de andalusia!
¡Atiza eze candil... Eh! viscotelas?
¡Juy... que pantorra!... Jay que zarandeo!!
¡Quiteze el abejon!... Osté es mú feo!»

A esta sazón un majo corpulento
Que era el gaché de Paca la doncella,
Vino á dar fin al general contento,
Porque lanzara á lo alto una botella
Que sobre el Chepe se estrelló al momento.
Trastazo aquí... y allá... todo es querella!
Soplan candiles, rómpense costillas,
Quien enarbola mesas, quien las sillas.

El baile cambia en campo de Agramante
Mientras pudieron encontrar salida;
Mas se puede jurar que en un instante
Como cuerpo sin alma, está sin vida:
Ni el mas leve rumor, diz que es constante
Se sintiera despues de esta avenida.
El viento al ver la sala tan desierta
«¡Allá voy!...» dijo y removió la puerta.

En tanto un gato, á su pesar hambriento,
Porque pasó en ayuno la mañana;
Que al olor de los bollos, muy contento
Dejó el tejado, y por comer se afana,
Al oír de la puerta el movimiento
Creyendo ver su muerte ya cercana,
Salta las sillas, vuela haciendo ruido
Donde el valiente Chepe está escondido.

«La caria é Dios!...» gritó medroso
Porque el gato fijó sobre él la huella.
La Amparos, que hasta entonces en reposo
A su derecha estaba, sin verlo ella:
Conociendo al instante al revoltoso
Y oyendo claramente la querella:
A media voz pronuncia con recato:
—«¡Fuera canguelo, Chepe, que ez el gato!»

—¡Ola ¿estabaz aquí, la zanduguera,
Has venio á amparate é mi zombra?...
Puz zi no es por aquesta friolera
No zupiera é ti: di, ¿qué ta azombra?
Canguelo yo? zi zabez soy mu fiera?
¡Ime al que te hizo daño, vamos nombra...
—Puz ensiendo un candi?—No: en mi confia
No tapartes de aqui, pronto es de dia.—

Aguardando las tintas de la aurora
El resto de la noche estan en vela;
Y así que el sol el horizonte dora
El miedo á otro lugar desde allí vuela:
Y la Amparos con gracia seductora
Dice al Chepe, que habia hecho centinela:
—¡Tienes poco való!... ¡mucha pasensia!
—¡No: mas való que el Cid... pero... pruensia!»

A. A. DE ORIBELA.

CRONICA.

*. A beneficio del Sr. Lucini se ha puesto nuevamente en escena con todo lujo, la comedia de magia *la Redoma encantada*. Las decoraciones restauradas unas y pintadas de nuevo otras, son de grande efecto, las combinaciones de maquinaria y los juguetes graciosos y bien ideados, pero las primeras representaciones se

han resentido de falta de esmero por parte del maquinista, habiéndose desgraciado muchas transformaciones por torpeza y poca exactitud. Remediados que sean estos defectos, *la Redoma encantada* continuará atrayendo espectadores al teatro del Principe muchas noches, pues aparte del mérito nada comun de la comedia, los esfuerzos que la empresa ha hecho para presentarla dignamente, han conseguido ofrecer un espectáculo incomparablemente preferible bajo todos conceptos á otros que cuentan como único sosten con el apoyo de la moda.

PAQUILLO ALIAGA.



Y diciendo estas palabras cojió una de las copas de cristal y la volcó en el regazo de la Reina...

*. En el teatro del Circo se dispone un baile nuevo titulado *El robo de Elena*, en el cual se cree que no desempeñará el papel de protagonista la señora Guy Stephan.

*. Se ha publicado el primer cuaderno de la interesantísima novela del Sr. Romero Larrañaga, titulada *La enferma del Corazon*, y está para distribuirse el segundo; cuando vaya mas adelante esta notable producción, que desde luego ha merecido unánime

elogios de la prensa, nos ocuparemos detenidamente de ella. Por hoy solo diremos que sale á luz adornada de grabados y láminas aparte en el mismo establecimiento que nuestro periódico, y se suscribe tambien en iguales puntos.

Madrid 1847 — Imprenta y Establecimiento de Grabado de D. Salinas y Compañía,
calle de H. Maleta, núm. 89.